

mente en aquella estacion; frimario, porque en ella suelen cubrirse de escarcha las montañas. Los del invierno eran nivoso, pluvioso y ventoso, por ser la época en que reinan las nieves, las lluvias y los vientos. Los de la primavera se distinguían con los nombres de germinal, floreal y prairial, por germinar, florecer y segarse las flores, las plantas y las yerbas. Llamábanse los del estío mesidor, thermidor y fructidor, por la estacion del año en que se doran, siegan y maduran los frutos.

De este modo todo se refería á la agricultura, primera y última entre todas las artes. Las fases de los imperios ó las religiones de los pueblos no eran ya el tipo del tiempo, de esta medida de la naturaleza; todo se remontaba á ella exclusivamente. Lo mismo sucedía en la administracion, en la hacienda, en la justicia criminal, en el código civil y en el código rural. Los hombres especiales de la Convencion prepararon los planes de aquellas legislaciones sobre las bases de la filosofía, de la ciencia y de la igualdad, que eran las determinadas por la Asamblea constituyente. Aquellas ideas, de que despues se apoderó el despotismo organizador de Napoleon, y á las cuales no dió sino su nombre, se habian concebido, escrito ó promulgado por la Convencion. Napoleon le privó injustamente de esta gloria, y la historia no puede sancionar semejantes latrocinios. Deber suyo es dar á cada uno lo que le pertenece. Los frutos de la libertad y de la filosofía no pertenecen nunca al despotismo. Los hombres que Napoleon llamó á sus consejos para preparar sus proyectos, los Cambaceres, los Sieyes, los Carnot, los Thibaudeau y los Merlin, salieron de las comisiones. Como obreros infieles, llevaron á aquellos talleres de esclavitud los útiles y las obras maestras de la libertad.

XVII

Mientras que el comité de salud pública cubria las fronteras, sofocaba la guerra civil y meditaba legislaciones humanas y morales, Paris y los departamentos presentaban el espectáculo de las saturnales de la libertad.

El delirio y el furor parecían haberse apoderado del pueblo. La embriaguez de la verdad es más terrible que la embriaguez del error en los hombres, porque dura más y profana causas más santas. Aquella embriaguez impulsaba á las masas á cometer los más horrorosos excesos contra los templos, los altares y las imágenes del culto antiguo, y aún contra los sepulcros de los reyes.

De tres instituciones que la revolucion queria modificar ó destruir, que eran el trono, la nobleza y la religion del Estado, no quedaba ya más que esta última, porque guarecida en la conciencia, y confundiéndose con el mismo pensamiento, les era imposible á los perseguidores el seguirla hasta aquel asilo. La Constitucion civil del clero y el juramento impuesto al mismo, declarado cismático por la corte de Roma; las retractaciones que la inmensa mayoría de los eclesiásticos habia hecho de este juramento para permanecer unidos al centro católico, la expulsion de aquellos mismos sacerdotes refractarios de sus curatos y de sus iglesias, la instalacion de un clero nacional y republicano en lugar de aquellos ministros fieles á Roma, la persecucion contra estos eclesiásticos rebeldes á la ley por ser obedientes á la fe, su encarcelamiento, su proscripcion en masa en los buques de la república en Rochefort; todas las querellas, las violencias, las ejecuciones, los destierros y los martirios de estos sacerdotes católicos habian desterrado en la apariencia el antiguo culto de

la superficie de la república. El culto constitucional, inconsecuencia palpable de los sacerdotes juramentados que ejercían un pretendido catolicismo á pesar de su jefe espiritual, no era hacia ya mucho tiempo sino un juguete sagrado que la Convencion habia dejado á los campesinos para no destruir de golpe sus hábitos. Pero los filósofos impacientes de la Convencion, de los Jacobinos y de la municipalidad, se indignaron de aquel simulacro de religion que sobrevivía á los ojos del pueblo á la misma religion. Deseaban ardientemente inaugurar en su lugar la adoracion abstracta de un Dios sin forma, sin dogma y sin culto. La mayor parte proclamaban abiertamente el ateísmo como la sola doctrina digna de los espíritus intrépidos en la lógica materialista de la época. Hablaban de la virtud y negaban á Dios, cuya existencia solamente puede dar sentido á la palabra virtud. Hablaban de libertad y negaban la justicia eterna, única que puede vengar á la inocencia y castigar la opresión. La multitud grosera se embriagaba de aquellas teorías de ateísmo, y se creía libre de todo deber al verse libre de Dios. Así van siempre las deplorables oscilaciones del espíritu humano, de la superstición á la nada de las creencias, sin poder detenerse jamás en el equilibrio de la razon y de la verdad.

XVIII

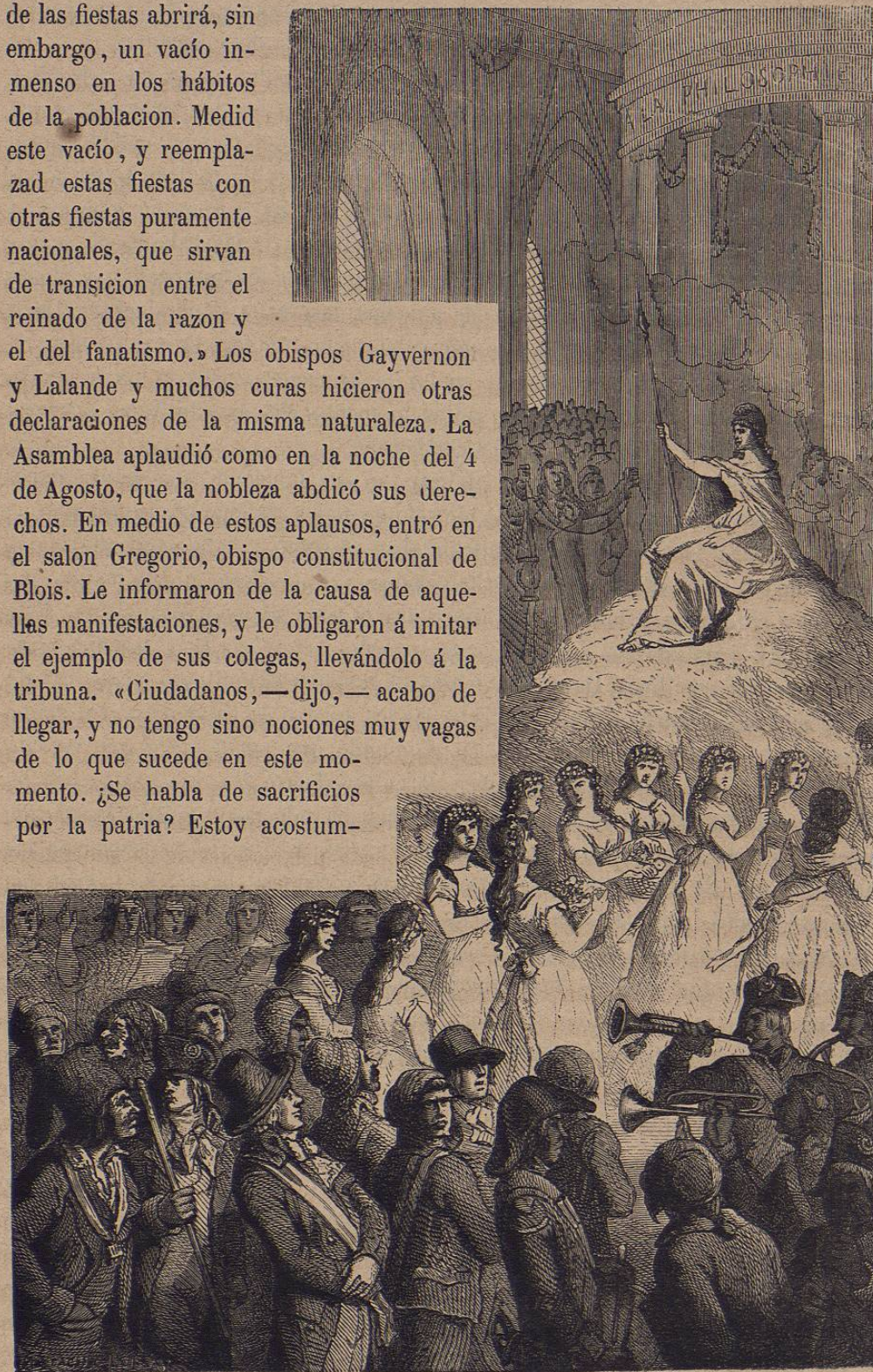
Los directores secretos de la municipalidad, y sobre todo Chaumette y Hebert, fomentaban en el pueblo aquellos accesos de impiedad y aquellas sediciones contra todo culto. «El pueblo—se decían—no volverá nunca á entrar en los templos que haya demolido por sus propias manos, ni se arrodillará nunca delante de los altares que haya profanado, ni adorará los símbolos y las imágenes que haya pisoteado en el pavimento de las iglesias; el sacrilegio nacional se interpondrá entre él y su antiguo Dios.» Aquel resto de catolicismo que se ejercía públicamente en los templos cristianos les importunaba, y lo quisieron hacer desaparecer. Exigieron públicas apostasías de los sacerdotes, y obtuvieron bastantes. Algunos eclesiásticos, unos por miedo y otros por incredulidad real, subieron á los púlpitos para declarar que habian sido hasta entonces unos impostores, y siempre eran acogidos con aclamaciones estos tráfugas del altar. Se parodiaron irrisoriamente las ceremonias tenidas ántes por sagradas, y se llegó hasta el extremo de revestir á un buey ó á un asno con los ornamentos pontificales, paseando aquellos escándalos por las calles, bebiendo vino en los cálices y cerrando las iglesias. Escribieron en la puerta de los cementerios: *Sueño eterno*. Llevaban á los representantes comisionados ó á las capitales de los distritos los tesoros de las iglesias, ó hacían ofrendas patrióticas con ellos á la nacion. Los clubs se instalaron en los santuarios, convirtiéndose la cátedra evangélica en tribuna de los oradores. En pocos meses, el inmenso material del culto católico, catedrales, iglesias, monasterios, rectorías, torres, campanas, ministros y ceremonias, habian desaparecido.

Los representantes comisionados se aturdían, según escribían á la Convencion, al ver la facilidad con que desaparecía todo el aparato de las instituciones antiguas. «Las religiones de donde se retiran el poder del Estado y la riqueza de las dotaciones, se borran prontamente de los espíritus.» Los filósofos de la municipalidad resolvieron á mediados de Noviembre acelerar aquel movimiento en Paris. Sabían que si el pueblo renegaba fácilmente del espíritu de su culto, no renunciaba

tan pronto á los espectáculos y á las ceremonias que divertian su vista. Quisieron apoderarse de sus templos para ofrecerle un nuevo culto, especie de paganismo disfrazado, cuyo dogma no era sino imágenes, el culto un ceremonial, y la divinidad suprema la razon convertida en su propio Dios, y adorándose en sus atributos. Las leyes de la Convencion, que continuaba en mantener el culto católico nacional, se oponian á esta invasion violenta de la religion filosófica de Chaumette en la catedral y en las iglesias de Paris. Era necesario hacer evacuar aquellos monumentos por una renuncia voluntaria del obispo constitucional y de su clero. Los gritos de muerte que perseguian en todas partes á los sacerdotes, su sangre que corria en abundancia sobre todos los cadalsos de la república, los insultos del pueblo por su traje, las cárceles llenas de ellos, y la presencia de la guillotina, impulsaron á hacer esta renuncia al clero republicano, que temblaba todos los dias al verse sacrificado en el ejercicio de sus funciones. El principal móvil que retenia aún á una parte de aquellos sacerdotes era el sueldo anejo á sus funciones; pero se aseguró á los principales de entre ellos un sueldo equivalente al de los destinos más lucrativos en las administraciones civiles y militares de la república, y la esperanza ó las amenazas les arrancaron su consentimiento á lo que de ellos se exigia.

El obispo Gobel, hombre débil de carácter, pero sincero en su fe, fué el único que se resistió. Le intimidaron por un lado y le tranquilizaron por otro: le dijeron que la renuncia del ejercicio público de su culto no era sino un sacrificio á la necesidad del momento, que esta abdicacion no implicaba una renuncia del carácter sacerdotal, que no era sino una abdicacion de sus funciones públicas, y que despues de deponer su episcopado continuaria, lo mismo que su clero, en el ejercicio individual y libre de su religion. Chaumette, Hebert, Momoro, Anacharsis Clootz y Bourdon de l'Oise importunaron á aquel anciano hasta que obtuvieron de él lo que deseaban. Se llamó á este acto de Gobel una apostasía. Investigaciones ciertas atestiguan el error de los historiadores con respecto á este asunto. Gobel se presentó en la Convencion acompañado de sus vicarios. Momoro le presentó y arengó á la Asamblea en nombre de la municipalidad. «Ved aquí delante de vosotros—dijo—á estos hombres que vienen á despojarse del carácter de la supersticion. Este gran ejemplo será imitado. Bien pronto la república no tendrá otro culto que el de la libertad y la igualdad, culto tomado de la naturaleza, y que se convertirá en una religion universal.» Gobel, cuya conciencia sorprendian y violentaban las palabras de Momoro, se estremeció, pero no se atrevió á desmentirle. Las tribunas le hacian temblar. «Ciudadanos,—dijo leyendo una declaracion meditada y convenida con la municipalidad,—como plebeyo, he alimentado desde muy jóven en mi alma los principios de la igualdad. Llamado á la Asamblea nacional, he reconocido uno de los primeros la soberanía del pueblo. Su voluntad me llamó á la silla episcopal de Paris. No he empleado el ascendiente que podia darme mi título y mi destino sino en aumentar su adhesion á los eternos principios de la libertad, de la igualdad y de la moral, base necesaria de toda constitucion verdaderamente republicana. En el dia, que la voluntad del pueblo no admite otro culto público y nacional que el de la santa igualdad, porque como soberano lo quiere así, renuncio á ejercer mis funciones de ministro del culto católico.» Los vicarios de Gobel firmaron la misma declaracion. Unánimes aclamaciones saludaron este triunfo. Numerosas declaraciones escritas ó verbales en este mismo sentido siguieron á las del

obispo y sus vicarios. Tomás Lindet abdicó en otros términos. «La moral que he predicado—decia—es de todos los tiempos. La causa de Dios no debe ser ocasion de guerra entre los hombres. Cada ciudadano debe mirarse como sacerdote de su familia. La destruccion de las fiestas abrirá, sin embargo, un vacío inmenso en los hábitos de la poblacion. Medid este vacío, y reemplazad estas fiestas con otras fiestas puramente nacionales, que sirvan de transicion entre el reinado de la razon y el del fanatismo.» Los obispos Gayvernon y Lalande y muchos curas hicieron otras declaraciones de la misma naturaleza. La Asamblea aplaudió como en la noche del 4 de Agosto, que la nobleza abdicó sus derechos. En medio de estos aplausos, entró en el salon Gregorio, obispo constitucional de Blois. Le informaron de la causa de aquellas manifestaciones, y le obligaron á imitar el ejemplo de sus colegas, llevándolo á la tribuna. «Ciudadanos,—dijo,—acabo de llegar, y no tengo sino nociones muy vagas de lo que sucede en este momento. ¿Se habla de sacrificios por la patria? Estoy acostum-



Instalacion del culto de la Razon.—Pág. 281.

brado á hacerlos. ¿De adhesión á la revolucion? Tengo hechas mis pruebas. ¿De las rentas anejas á las funciones de obispo? Las dejo sin sentimiento. ¿Se trata de religion? Este artículo está fuera de vuestro dominio; no teneis derecho para atacarlo. Como católico por conviccion y por sentimientos, sacerdote por eleccion y obispo nombrado por el pueblo, no es de él ni de vosotros de quien tengo mi mision. Se me ha atormentado para que aceptara la carga del episcopado, y se me atormenta ahora para obtener de mí una abdicacion que no se me arrancará nunca. Obrando segun los principios sagrados que me son tan queridos, y que yo os desafio á que me arrebateis, he procurado hacer todo el bien posible en mi diócesis, y permanezco obispo para hacerlo aún. Invoco la libertad de cultos.»

Murmullos y sonrisas acogieron aquel animoso acto de conciencia. Acusaron á Gregorio de querer cristianizar la libertad. Los silbidos de las tribunas le acompañaron hasta su asiento. Sin embargo, la estimacion de los hombres cuya filosofía se remontaba hasta Dios le vengó de aquellos desprecios. Robespierre y Danton dieron señales de aprobacion á lo que habia dicho, indignándose en secreto de las violencias del partido de Hebert contra la conciencia; pero la corriente era demasiado rápida para detenerla en aquel momento: ella arrastraba en su furia todos los cultos en la proscripcion del catolicismo.

Sieyès salió de su silencio para abdicar, no sus funciones, que nunca habia ejercido, sino su carácter sacerdotal. Filósofo de todos los tiempos, le era permitido confesar su filosofía cuando ésta triunfaba, así como la habia confesado ántes de su victoria sobre el catolicismo. «Ciudadanos,—dijo,—hace mucho tiempo que mis votos eran por el triunfo de la razon sobre la supersticion y el fanatismo. Este día, ansiado para mí, ha llegado, y me regocijo viendo en él el beneficio más grande para la república. He vivido víctima de la supersticion, pero jamás he sido su apóstol ni su instrumento. He sufrido por los errores de los demas, pero nadie ha sufrido por los míos. Nadie hay en el mundo que pueda decir que ha sido engañado por mí, y muchos me deben el haber abierto los ojos á la luz. Si he permanecido ligado con las cadenas sacerdotales, ha sido por la misma fuerza que sujetaba muchas almas libres en las cadenas reales. El día de la revolucion las he roto todas. No tengo títulos eclesiásticos que ofreceros, há mucho tiempo que renuncié á ellos, pero cedo en beneficio de la nacion la indemnizacion que se me ha señalado en cambio de las rentas eclesiásticas que poseia antiguamente.»

Chaumette dijo entónces que el día en que la razon volvia á recobrar su imperio merecia un lugar aparte en las épocas de la revolucion. En consecuencia, pidió que el comité de instruccion pública señalase en el nuevo calendario un sitio para el *día de la razon*.

XIX

«Ciudadanos,—dijo el presidente de la Convencion,—entre los derechos naturales del hombre hemos colocado la libertad en el ejercicio de cultos. Además de esta garantía que os debíamos, acabais de elevaros á la altura en que os esperaba la filosofía. No os hagais ilusiones: esas pantomimas sacerdotales insultaban al Sér Supremo, porque él no quiere otro culto que el de la razon. En adelante, ésta será la religion nacional.»

A estas palabras, el presidente abrazó al obispo de Paris. Los sacerdotes de su comitiva, adornados con el gorro encarnado, símbolo de la libertad que reconquistaban, salieron en triunfo de la sala y se dispersaron en medio de los aplausos de la multitud por las Tullerías. Aquella abdicacion del catolicismo exterior por los sacerdotes de una nacion en que brillaba hacia ya tantos siglos el poder del sacerdocio católico, es uno de los actos más característicos del espíritu de la revolucion. Si el ateísmo no hubiera sido el provocador de aquel despojo de los sacerdotes asalariados, si el terror no hubiera hecho violencia á la fe, si la libertad de cultos hubiera sido proclamada por el presidente de la Convencion como una verdad en la república, si las religiones se hubiesen emancipado del poder del Estado para volver al dominio de la conciencia individual y libre, el orden religioso se hubiera fundado. Pero cuando la persecucion proclama la libertad, cuando se interroga á la conciencia frente al instrumento del suplicio, la conciencia no es libre, y la libertad se convierte en tiranía. El ateísmo habia mandado este acto, y se apoderó de él. Hizo que su triunfo fuese escandaloso, cuando debia ser el triunfo de la razon y de la libertad.

Chaumette, Hebert y su faccion animaron más y más desde aquel día las profanaciones y devastaciones de los templos, la dispersion de los fieles, el encarcelamiento y el martirio de los sacerdotes que preferian la muerte á la apostasía. Los satélites de la municipalidad querian desterrar del suelo y del corazon de los franceses todo lo que pudiese recordar la religion y el culto del Crucificado. Las campanas, esa sonora voz de los templos cristianos, se fundian para acuñar moneda ó hacer cañones; las urnas y los relicarios, apoteosis populares de los apóstoles y de los santos, fueron despojados de sus adornos y arrojados á los muladares. El representante Ruhl rompió en la plaza pública de Reims la *santa ampolla*, que una antigua leyenda pretendia que era bajada del cielo para unguir á los reyes con un óleo celestial. Algunos de los directores de los departamentos prohibieron á los maestros que pronunciasen el nombre de Dios en la enseñanza de los niños del pueblo. Andres Dumont, comisionado en los departamentos del Norte, escribia á la Convencion: «Pongo presos á todos los clérigos que se atreven á celebrar las fiestas y los domingos. He hecho desaparecer las cruces y los crucifijos. El gozo me enajena. En todas partes se cierran las iglesias, se queman los confesonarios y los santos, y se hacen *cartuchos* de cañon con los misales y demas liturgias sagradas. Todos los ciudadanos exclaman: «¡Fuera los clérigos! ¡Igualdad y Razon!»

En la Vendée, los representantes Lequinio y Laignelot perseguian hasta á los revendedores de cera que proveian á las iglesias. «Se desbautizan á bandadas,—decian.—Los clérigos queman sus títulos de órdenes. El cuadro de los derechos del hombre reemplaza en los altares á los tabernáculos de misterios ridículos.» En Nantes se hicieron hogueras en la plaza pública, en donde se quemaron las estatuas, las imágenes y los libros sagrados. Algunas diputaciones de patriotas iban diariamente á la Convencion á llevarle en tributo los despojos de los altares. Las ciudades y los pueblos inmediatos á Paris fueron procesionalmente á llevar también á la Convencion en carros los relicarios de oro, las mitras, los cálices, los incensarios, las patenas y los candeleros de sus iglesias. En unas banderas plantadas sobre montones de despojos llevaban la inscripcion siguiente: *Destruccion*